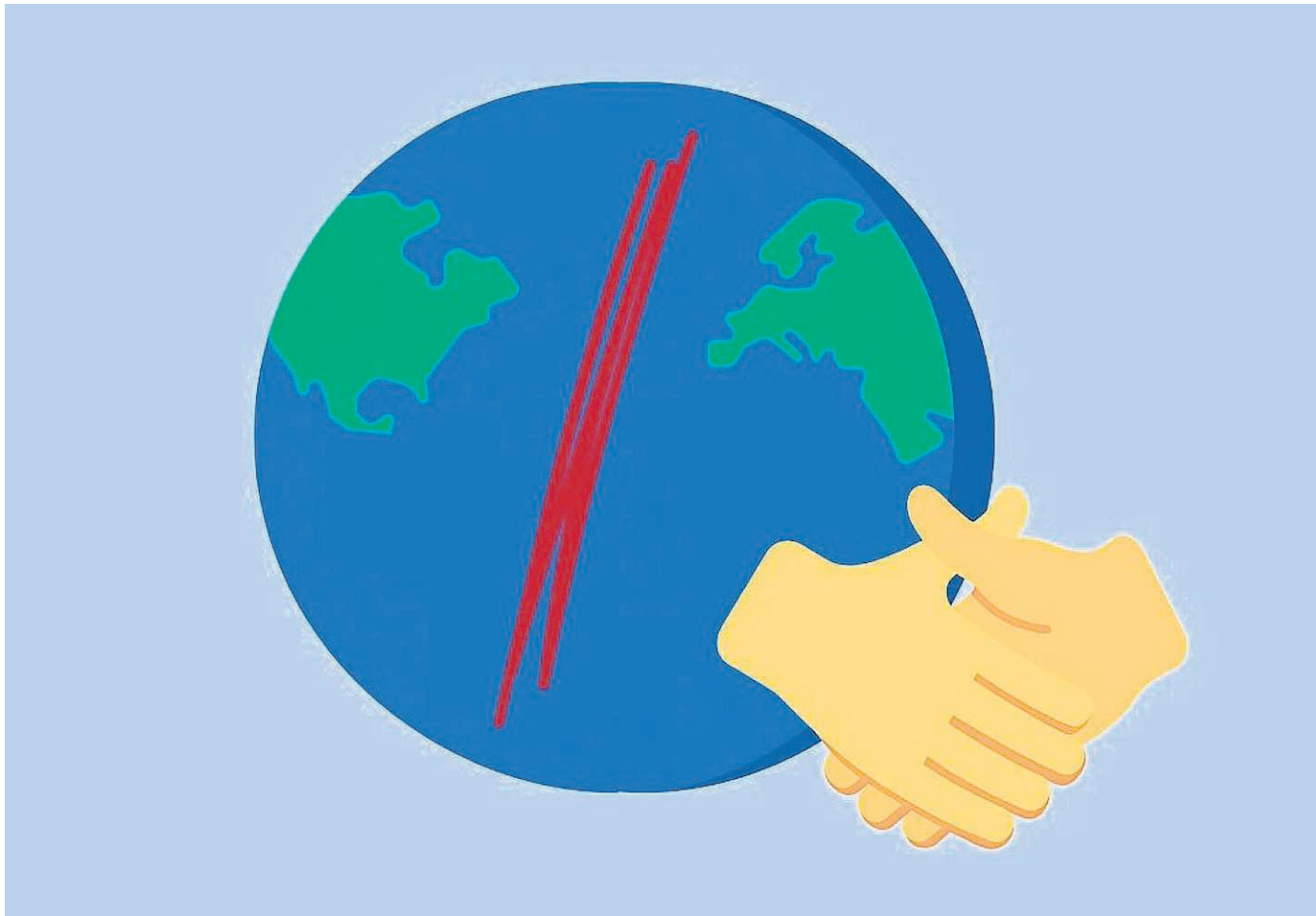




P. PALMER

PERSPECTIVAS

| José Miguel Sánchez

El día en que Europa dejó de decir: «Yo también soy americano»

Donde antes predominaba la admiración, hoy aparecen con frecuencia la desconfianza y el distanciamiento. La relación entre ambos continentes debe evolucionar hacia una asociación más equilibrada, en la que Europa asuma mayores responsabilidades y Estados Unidos entienda que sus aliados son una fuente de fortaleza estratégica

Hubo un tiempo en que ser europeo y sentirse cercano a Estados Unidos no era una contradicción, sino casi una declaración de principios. Hoy ocurre exactamente lo contrario. Y ese cambio dice mucho más sobre la crisis de Occidente que sobre la política norteamericana.

Hace poco más de sesenta años, el 26 de junio de 1963, cerca de 450.000 personas abarrotaban las calles de Berlín Occidental para escuchar a John F. Kennedy. Cuando pronunció su histórica frase, «Ich bin ein Berliner», no solo estaba mostrando su apoyo a una ciudad dividida por un muro. Estaba proclamando que Europa y Estados Unidos compartían un mismo destino: la defensa de la libertad, la democracia y una forma de entender la civilización que acabaría derrotando al comunismo.

Aquel momento fue mucho más que un discurso político. Fue la expresión de una convicción histórica: que las democracias occidentales podían superar sus diferencias porque compartían unos principios esenciales. Para millones de europeos, Estados Unidos representaba entonces algo

más que una potencia aliada. Era el símbolo de una esperanza nacida tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial: la posibilidad de construir sociedades libres, abiertas y prósperas.

Aquella imagen resulta hoy casi inimaginable. Cuesta pensar que un presidente estadounidense pudiera despertar semejante emoción en una capital europea. En buena parte del continente, la relación con Estados Unidos se ha transformado profundamente. Donde antes predominaba la admiración, hoy aparecen con frecuencia la desconfianza y el distanciamiento. Mientras una parte de Europa cuestiona el liderazgo norteamericano, una parte de Estados Unidos percibe que sus aliados europeos han dejado de asumir plenamente sus responsabilidades.

La presidencia de Donald Trump ha simbolizado como pocas ese cambio de época. Su lema 'America First' representaba una visión de la política internacional en la que los intereses nacionales estadounidenses debían situarse por encima de los compromisos tradicionales. Sus críticas a la OTAN,

sus enfrentamientos con varios gobiernos europeos y su estilo de negociación basado en la presión contribuyeron a debilitar una confianza construida durante décadas.

Pero sería un error explicar esta fractura únicamente por la personalidad de un presidente. Europa también ha participado en ese deterioro. Durante años dio por garantizada la protección estadounidense mientras reducía sus capacidades militares y aplazaba decisiones estratégicas fundamentales. Al mismo tiempo, parte del discurso político europeo fue sustituyendo la cooperación por una crítica permanente a Estados Unidos, olvidando que la Europa democrática actual no puede entenderse sin la ayuda económica, política y militar norteamericana posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Los desafíos requieren más unidad

La paradoja es que esta distancia aparece precisamente cuando los desafíos requieren más unidad. La guerra de Ucrania ha demostrado que la seguridad europea sigue estando vinculada a la cooperación

«Del “Ich bin ein Berliner” de John F. Kennedy al “America First” de Donald Trump: cómo Occidente fue perdiendo la conciencia de compartir un mismo destino»

transatlántica. China plantea una competencia económica, tecnológica y geopolítica de enormes dimensiones. La presión migratoria, la inestabilidad internacional, la ciberseguridad y la inteligencia artificial configuran un escenario que ningún país democrático puede afrontar por sí solo.

Occidente se enfrenta así a una contradicción histórica: dispone de más recursos, conocimiento y capacidad que cualquier otra región del mundo, pero al mismo tiempo parece menos convencido de sus propios fundamentos. Su verdadera fortaleza nunca estuvo únicamente en su poder económico o militar, sino en la existencia de una comunidad de valores basada en la libertad individual, la democracia representativa, el Estado de derecho y la dignidad de la persona.

Esos principios no son una herencia automática. Cada generación debe decidir si quiere conservarlos y defenderlos. Una alianza puede mantenerse por conveniencia, pero una comunidad política solo permanece viva cuando sus miembros reconocen una historia compartida y un propósito común.

No se trata de recuperar un pasado idealizado ni de pensar que la América de Kennedy puede volver exactamente igual. Tampoco de aceptar una Europa subordinada a Washington. La relación entre ambos continentes debe evolucionar hacia una asociación más equilibrada, en la que Europa asuma mayores responsabilidades y Estados Unidos entienda que sus aliados son una fuente de fortaleza estratégica.

La verdadera pregunta

La cuestión fundamental no es quién ocupa la Casa Blanca o quién gobierna las capitales europeas. La verdadera pregunta es si Europa y Estados Unidos siguen creyendo que pertenecen a una misma comunidad política y cultural, o si han aceptado que pueden caminar por separado sin consecuencias.

Kennedy no viajó a Berlín únicamente para defender una ciudad amenazada por un muro. Viajó para defender una idea: que las democracias son más fuertes cuando se reconocen entre ellas y cuando entienden que la libertad de unos está vinculada a la libertad de todos.

Quizá el mayor desafío de Occidente no sea solamente geopolítico, económico o militar. Es un desafío de identidad. Las sociedades comienzan a perder influencia cuando dejan de comprender las razones de su propio éxito. Europa y Estados Unidos no alcanzaron su posición gracias a la ausencia de diferencias, sino porque fueron capaces de convertir sus diferencias en cooperación.

La alianza transatlántica no debería ser contemplada como un recuerdo del pasado, sino como una responsabilidad hacia el futuro. Las nuevas generaciones no recibirán automáticamente la libertad, la seguridad y la prosperidad que heredaron sus mayores; tendrán que decidir si esos valores merecen ser defendidos.

Al final, la frase de Kennedy en Berlín sigue planteando la misma pregunta esencial: ¿somos capaces todavía de reconocernos como parte de un mismo proyecto humano y político?

La respuesta determinará mucho más que la relación entre Europa y Estados Unidos. Determinará si Occidente continúa siendo una realidad viva basada en unos valores compartidos o si acabará convertido en la memoria de una época en la que las democracias comprendieron que su mayor fuerza no estaba en caminar solas, sino en permanecer unidas por aquello que les daba sentido.

José Miguel Sánchez es director general de la Cámara de Zaragoza